

FERNANDO HOYOS RODRÍGUEZ, UN GALLEGO VERANEANTE EN DEBA. JESUITA, TEÓLOGO DE LA LIBERACIÓN Y COMANDANTE GUERRILLERO

Jose Luis Albizu, Maria Pilar Hoyos, Lukax y Nagore Dorronsoro

Los extractos más “jesuíticos”.

(de http://www.tinet.cat/~fqj_sp02/hoyos_deba.pdf)

Como jesuita estudiante se formó en varias universidades europeas y una vez en Guatemala (septiembre 1972) se ordenó de sacerdote (1973). Perteneció a la Comunidad jesuita de la zona 5 de la ciudad de Guatemala, comunidad pionera en el compromiso social de la Iglesia guatemalteca y en la Teología de la Liberación centroamericana. Fernando murió con las armas en la mano evitando el combate con campesinos obligados a colaborar con el ejército.



Los jesuitas de la Zona 5. De pie y de izquierda a derecha: Enrique Corral, Ricardo Bendaña, Napoleón Alvarado, Alfonso Javier Tocino, César Jerez y Ricardo Falla. Sentados: Jon Bilbao, Juan Hernández Pico, Juan soriano y Fernando Hoyos.

Fernando tras su ingreso en la vida religiosa, su formación humanística, filosófica y teológica la recibió en las universidades de Salamanca, Munich, Lovaina y Madrid. En el último año de estudios de teología tendría a Ellacuría como director del curso para el grupo de jesuitas centroamericanos. Durante su etapa de estudiante jesuita estuvo dos años en El Salvador, entre 1967-1969. En 1972 fue destinado a Guatemala donde terminó sus estudios de teología y se ordenó sacerdote en diciembre de 1973 junto a su amigo también jesuita Enrique Corral.

En Guatemala y trabajando en las comunidades indígenas de El Quiché entró en un proceso de “conversión”. El encuentro con esa realidad tan discriminatoria fue también el ingreso en la mejor facultad de teología.

A lo largo de 1972 se fragua el grupo del Centro de Investigación y Acción Social para Centroamérica, CIASCA y en enero del 73 ese mismo grupo pasa a formar la Comunidad jesuita de la zona 5 (ciudad de Guatemala). Esta comunidad de jesuitas tendrá una importancia capital en el desarrollo de la Teología de la Liberación en Guatemala, en el movimiento campesino y en la alianza entre cristianos y marxistas en la lucha revolucionaria.

El Centro de Investigación y Acción Social fue un centro donde un grupo de jóvenes jesuitas especializados sobre todo en Ciencias sociales iniciaron una labor de acercamiento, investigación, cursos, artículos, círculos de estudio... Esto no sólo los aproximó a la situación de los pobres de Guatemala y de la Iglesia, sino que también a los grupos de izquierda que estaban en reflexión y búsqueda de nuevos caminos. El CIASCA adquirió pronto un sentido especial en esa comunidad religiosa de la Zona 5 de la capital donde personas de diferentes ámbitos sociales y políticos encontraron un nuevo tipo de interlocutores que hasta entonces no habían conocido entre los católicos. El CIASCA y la Comunidad de la Zona 5 se convirtieron en un punto de referencia a nivel nacional.

Los jesuitas históricamente han oscilado desde posiciones de poder y ligados a las élites gobernantes a situarse en las antípodas. Y en esta posición de compromiso, el trabajar en la frontera territorial y en la frontera social era en palabras de Ricardo Falla la de “*nadar mar adentro*”.

He querido centrar este nuevo recorrido tras las huellas de Fernando, en un momento decisivo en su vida, su incorporación a la vida guerrillera en la montaña. Él lo veía como una consecuencia natural de la vocación que le llevó al sacerdocio: *“Una mejor y más total entrega al servicio de aquellos que han sido llamados bienaventurados por el Señor: los que son pobres, los que sufren persecución, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia...”*

Lo explicaba como una exigencia: *“por mi amor al pueblo que sufre, la misma exigencia que un día me llevó a entrar en la Compañía a pesar de los sufrimientos que dejaba en los que me rodeaban, la misma que me trajo a América Latina y la misma que me hizo incorporarme al Ejército Guerrillero de los Pobres hace unos años... Es una exigencia dura y arranca lágrimas y sangre, pero también es la exigencia que sabemos que da vida y por eso le llena a uno de alegría; es una decisión que se da junto a compañeros que también están dispuestos a dar su vida por el pueblo. Esto no quita la dificultad, pero la hace llena de luz y claridad”*.

Ya a mediados del 79, los jesuitas habían tenido que abandonar la casa de la zona 5, pues la vigilancia y los acontecimientos sucesivos, como la salida del país de algunos de ellos, hacían aconsejable el cambio de residencia. Fernando pasó a vivir a la residencia de la Merced también de la Compañía de Jesús. A los pocos meses, marzo de 1980, allanaron la casa donde tenían la biblioteca de la comunidad que también estaba en la zona 5, y empezaron a vigilar las entradas y salidas de la casa de la Merced hasta llegar a un cateo de la policía. Esto le hizo trasladarse a vivir en casas de compañeros y amigos del movimiento revolucionario pasando como otros muchos religiosos a la vida clandestina y también más comprometida con las luchas del pueblo.

Fernando comunica el 9 de septiembre de 1980 a sus compañeros jesuitas, la decisión de ir a un lugar de la montaña de Guatemala. Ese mismo día escribe a su familia, pero no se anima todavía a explicar claramente cuáles serían sus tareas a partir de aquel momento.

Esta determinación implicaba romper lazos concretos con la Compañía de Jesús y dejar el futuro abierto a las circunstancias. Aunque en aquel momento su voluntad era seguir siendo sacerdote y parte de la Compañía, con la humildad y obediencia propias de su identidad de religioso, deja en manos de sus superiores la decisión final. Esta confianza la manifiesta repetidas veces. Así, en una carta a un compañero jesuita en el momento de alzarse, expresa: *“Nunca dejaré de ser cristiano, pues pienso, que aunque yo dejara de creer en Dios, Él nunca dejaría de creer en mí. Ahí está el principio y el secreto de mi esperanza para avanzar por la vida”*

Retomando a Hernández Picó

Como director del CIASCA, fue invitado en 1980 a una reunión de directores de centros sociales de los jesuitas en Roma. Volvió de ella profundamente desilusionado. Nos dijo que no veía ninguna posibilidad de que la misma Compañía, como institución, lanzara su peso a favor de las revoluciones políticas en Centroamérica. Ahí -creo yo- estuvo la decisión de profundizar su vinculación con el EGP y cambiar su disponibilidad con la Compañía de Jesús por una disponibilidad plena con la organización revolucionaria.

Para Fernando y otros compañeros los documentos de la Congregación General 32 de los jesuitas acabaron por llegar demasiado tarde. Y en el fondo sintieron que no iban suficientemente lejos en el acompañamiento de las luchas populares.

Murió el 13 de julio de 1982, murió sin que su pedido de dejar la Compañía hubiera terminado de ser tramitado con el Vaticano, y el P. Delegado Pontificio para la Compañía, Paolo Dezza, lo incluyó en el catálogo de difuntos de la Compañía.

Después de la muerte de este amigo entrañable, uno de los más leales que haya tenido nunca, me tocó ir a España en septiembre y llevé conmigo la carta en la que la URNG comunicaba a su familia la caída en combate de Fernando. Ellos habían asumido las decisiones de Fernando con generosidad y su muerte por la causa de la justicia, por los pobres de la tierra y con ellos, fue también un orgullo para su familia. Su padre y sus hermanos habían asumido el lema de Fernando, tomado de Martí: *‘Con los pobres de la tierra quiero yo mi suerte echar’*.